

Sociedades movedizas.

Pasos hacia una antropología de las calles

Manuel Delgado

Ed. Anagrama. 2007. Barcelona

En este reciente libro Manuel Delgado¹ nos introduce en lo que lleva siendo uno de sus intereses académicos de los últimos años: una aproximación hacia una antropología de las calles, de la experiencia urbana. Así en cierta medida, se podría considerar esta obra como una continuación de sus anteriores trabajos, aunque con algunas singularidades que pasaremos a subrayar.

El volumen se divide en dos partes diferenciadas. La primera donde se va delimitando paulatinamente el objeto de estudio, lo urbano, así como sus rasgos o características fundamentales, para abogar luego por una metodología que sea capaz de abordarlo en sus peculiaridades. Aquí se pueden encontrar rastros de las ideas generales expuestas en *El animal público*. En cambio, la segunda parte está dedicada a los conflictos y exclusiones que se producen en los contextos urbanos, convirtiéndose esta parte (más si cabe, el último tercio del libro), en una problematización de todo lo precedente, debilitando, incluso, las líneas generales expuestas con anterioridad. Ésta sería la mayor singularidad respecto a sus obras anteriores, percibiéndose un punto de fuga para futuros trabajos. Utilizando el lenguaje de Delgado se podría considerar *Sociedades Movedizas* como un libro umbral, liminal, por el

conflicto interno que encierra y que augura una salida posterior.

Una primera acotación distinguiría entre la *polis* y la *urbs*. La primera correspondería a la ciudad concebida, diseñada y proyectada por los diferentes órganos: políticos, arquitectos, urbanistas, etc., mientras que la segunda sería la ciudad practicada, usada, paseada. Estos dos entes estarían en relativa disputa, ejerciendo la *polis* un continuo intento de control para someter e imponerse a la *urbs*, al que ésta se resiste debido a sus propias características intrínsecas. Un intento de hacer la *urbs* inteligible, entendible, gracias al cuál se podría controlar y gestionar.

La calle y sus adyacentes poseen la característica fundamental de *acceso amplio no restringido*, una accesibilidad abierta a la inmensa mayoría de seres, rasgo primordial de este pasaje social *del afuera*, el pasaje social callejero. Y decimos pasaje, pues los elementos que se encuentran allí aluden mucho más a desplazamientos que a enclaves. Lugares de encuentros leves, efímeros, lugares de tránsito, de “ires y venires”, donde existe una multiplicidad de interrelaciones mínimas, en muchos casos, “comienzos” que tienen cifrada su muerte casi en el mismo instante de producirse. Pues en la vida urbana los agentes poseen un

¹ Manuel Delgado es profesor titular de Antropología Social en la Universidad de Barcelona. Entre sus obras recientes se podrían destacar *El animal público* (XXVII Premio Anagrama de ensayo, 1999), *Ciudad líquida, ciudad interrumpida*. 1999, y *Disoluciones urbanas*. 2002, (ambos) Medellín. Editorial Universidad de Antioquia.

conocimiento mutuo escaso, reinado de unas relaciones basadas en las apariencias, en el anonimato y el distanciamiento (prudente). Todo ello dificulta cualquier fijación, marcación o anclaje, “-lo urbano- colosal artefacto de hacer y deshacer nudos humanos que no puede detener su interminable labor” (Delgado. 2007: 8). A diferencia de lo que son los lugares habitados (los *adentros* tendentes o más proclives a una institucionalización), donde las relaciones se basan más en identidades establecidas gracias a un mayor conocimiento mutuo, espacio reservado para los conocidos y semi-conocidos -ámbito privado-, sitio de relaciones más o menos definidas y organizadas. Relaciones “dóciles” al estudio e interpretación del científico social. Lo urbano por su parte, es el requisito imprescindible desde donde parte una estructuración posterior, por lo que, re-presenta todo lo contrario a cualquier fijación duradera, *urbs* caracterizada más bien por una potencialidad intrínseca, heterogénea y compleja. Al modo como el rito de paso posibilita el tránsito de una identidad a otra, siendo la negación de ambas, el espacio urbano acoge ese proceso liminal que posibilitaría unos “enclaves”, unas identidades y unas institucionalizaciones, siendo por consiguiente su negación complementaria y necesaria.

Las herramientas conceptuales necesarias para abordar el estudio de las relaciones que se producen en las calles (y sus adyacentes) vendrían de la mano del interaccionismo simbólico, la etnometodología y la dramaturgia goffmaniana fundamentalmente, subrayando, los precedentes trabajos de la Escuela de Chicago. La peculiaridad que une estas corrientes teóricas es su mayor sensibilidad por lo “micro”, una sensibilidad que configura una mirada con un gran respeto por *lo real*, siempre atentos a lo imprevisible, al indicio, incluso a lo contradictorio y azaroso, relegando la metodología a la esfera de simples estrategias de aproximación, y no dejando que obstruyan o encaminen la investigación. Nuestro autor realiza una reivindicación radical de la etnografía basada en la observación participante sobre el terreno, que por el ámbito donde se produce -en el espacio urbano- tiene unos niveles de intrusión mínimos, pues el etnógrafo puede ser fácilmente confundido con un transeúnte más.

En la segunda parte del libro se nos presenta la calle cargada de conflictividad y pugna, donde los diferentes actores intentan imponer sus cosmovi-

siones o “patrones” mediante una apropiación del terreno urbano que, a veces, rompe la movilidad para la que está *diseñada* la ciudad sustituyéndola por una *movilización grupal*; creadora de un ente común propio, perecedero, pero no por ello irrelevante, pues dicha movilización grupal expresa una fuerza, un *apoderamiento social*.

Pero es a partir del último tercio del libro cuando la crítica de nuestro autor se torna más mordaz y radical, agudizándose a la par, la problemática del libro como conjunto. Aquí se nos muestran las *excepciones* a la regla de una manera tal que, aunque no conforman un mínimo de estructuración teórica diferente a la expuesta, sí que dejan intuirlo. Estas excepcionalidades serán: “inmigrantes, minorías étnicas” (p. 200), mujeres y niños, cada uno en diferentes grados, pero todos relegados o minusvalorados de esa experiencia urbana que parecía igualitaria e igualadora. Y decimos que estas excepciones desarrollan un conflicto con las anteriores tesis expuestas en el libro pues afectan a uno de los principios fundamentales de la *urbs*, esto es, el *acceso amplio de la mayoría de individuos*. Paradójicamente nos dice el propio autor en esta parte del libro “ese espacio público en que se concreta la realización del republicanismo kantiano al que Habermas dedicara una brillante reflexión, no existe. Ese espacio público accesible a todos se disuelve en cuanto los controles y las fiscalizaciones desmienten su vocación democrática o cuando el sistema de mundo que padecemos hace de ellos espacios no para el uso, sino para el consumo” (p. 197). Estas excepciones desarrollan con relativo existo lo que a primera vista se le podría criticar a *Sociedades Movedizas* (acusándose su falta en los capítulos precedentes), esto es, interrelacionar la vida urbana con otras áreas o ámbitos sociales: políticos, económicos, etc., es decir, insertarlo dentro del cuerpo social.

Gracias a esta inserción descriptivo-analítica se comenzarían a vislumbrar posibles lógicas dominantes que tenderían a jerarquizar el peculiar campo social en que nos encontramos, por más que esta jerarquización sea más frágil o diferente a la de otros campos sociales, en definitiva, sea propia a la *urbs*. Así, Delgado nos indica “ni que decir tiene que la proliferación en tantas ciudades de todo tipo de reglamentos presentados eufemísticamente como de “ciudadanía” ha generalizado

ese acoso no sólo contra la visibilización de los inmigrantes pobres, sino contra todo aquel que no esté en condiciones de demostrar -aunque sea mentira- su pertenencia a la clase media o que no sea capaz de demostrar su competencia para imitar lo que se entiende que es su estilo de conducirse en público” (p. 198).

Esta inserción de la *urbs* dentro del cuerpo social no sólo se preguntaría por *quién es y de dónde viene* el sujeto que aparece en el espacio urbano y si esta procedencia le capacita para desenvolverse con mayor o menor éxito en este ámbito social, sino también se preguntaría por las influencias ejercidas en la experiencia urbana, tanto por las lógicas económicas capitalistas (la especulación inmobiliaria, la destrucción de vínculos sociales por una determinada organización productiva como nos muestra Richard Sennet en *La corrosión del carácter*), como por las consecuencias de la venta de la ciudad en tanto que “marca registrada” dentro del mercado turístico mundial -algo que Manuel Delgado ha expuesto muy bien en otras partes²-. E incluso, la interrogación podría ir dirigida a investigar la relación existente entre la estratificación social y la vida urbana, es decir, si existe una mayor “vida callejera” cuando existe una estratificación social desigual fuertemente instaurada, como reacción a ésta, u ocurre todo lo contrario.

Así dos serían las críticas que entendemos se podrían hacer a Sociedades Movedizas, una más superficial que se deriva de la escritura, del modo de exposición elegido, y otra más profunda, en la medida que desvela carencias del marco teórico utilizado. La primera vendría a señalar los peligros del método de exposición que sigue Manuel Delgado, consecuencia de que a lo largo del libro -y sobre todo, en la primera parte, en la que se nos apunta: “trata cuestiones teóricas y metodológicas de orden general” (p. 20)-, se utilizan las oposiciones y el argumento disyuntivo para ir paulatinamente vislumbrando el objeto de estudio, a lo que nos estamos refiriendo cuando se alude a lo urbano. Pues bien, esta forma de exposición tiene sus riesgos, debido a que el argumento dicotómico tiende a oponer no sólo

categorías, sino también los rasgos y características, cuando muchas de éstas pueden ser comunes y/o compartidas a las dos posiciones categoriales contrapuestas, como dice Haraway: “la principal distorsión consiste en la ilusión de simetría que hace que cada posición aparezca, primero, como alternativa y, segundo, como mutuamente excluyente” (Haraway, 1995: 334)³. Así Delgado tiende a cargar las tintas sobre lo urbano como lo indeterminado e inorgánico, lo difuso, lo fortuito, lo cambiante, lo heterogéneo y complejo, e incluso nos dice, “espacio percibido, practicado, vivido, usado, ensoñado” (p. 14), tendiendo a quedar por la mera alineación de las oposiciones, lo determinado, fijado, concebido, inteligible, coherente, estable, estructurado y homogéneo del lado de lo que no es su objeto de estudio, de lo que no es lo urbano, esto es, de la estratificación social, las subjetivaciones y la sociedad más institucionalizada.

Pero esta crítica a la argumentación dicotómica no debe precipitarse, pues hay que entender que, lo que el libro es, es una exploración, un intento de adentrarse por terrenos no muy trillados o practicados por la antropología y la teoría social en general, de ahí que utilice o recurra a oposiciones y argumentos disyuntivos demasiado arriesgados, que es lo único que le reprocharía esta crítica superficial: la peligrosidad de dicha argumentación. Esta forma de argumentar o exponer tiende a radicalizar los opuestos, exagerando y sobrevalorando las diferencias, e infravalorando los aspectos comunes a ambos extremos. Tal vez, argumentación pertinente para trabajos exploratorios o primeras indagaciones, pues se gana en simplificación, demarcación, diferenciación y aclaración, aunque se pierda en cuanto a precisión y complejidad.

Una segunda crítica más profunda se encaminaría a los fundamentos teóricos. Así, los déficit que se le pueden señalar a Manuel Delgado son los mismos que se le aplican a las corrientes sociológicas que le han inspirado, esto es, el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la dramaturgia goffmaniana, en la medida que tienden a considerar un espacio no estructural,

² Para una ampliación de Delgado sobre este tema ver los artículos *Trivialidad y trascendencia. Usos sociales y políticos del turismo cultural* y *Ciudades de Mentira. El turismo cultural como estrategia de desactivación urbana*, aportaciones al 1er. Simposio Internacional sobre Turismo Cultural celebrado en Valladolid, 1999.

³ Donna J. Haraway. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra. 1995. Madrid.

homogéneo e indiferenciado entre los actores en juego. Por consiguiente, también, en Sociedades Movedizas se puede percibir un excesivo presentismo situacional en las descripciones analíticas, donde el análisis (“micro”) centra su atención en las relaciones cara a cara, descuidando las características estructurales (“macro”) presentes.

No es que las relaciones cara a cara no tengan el estatus o “pedigrí” suficiente para centrar una investigación en ellas⁴, sino más bien, que existe una tendencia en estos análisis “micro” a ver y dibujar las relaciones entre los agentes con una relativa simetría, pues entenderían a éstos como iguales o cuasi-iguales, desde el momento en que todos poseen la capacidad de ejercitar unas mínimas formas de actuar y comportarse (distanciamiento, desatención cortes, anonimato, reserva, etc.), unas categorizaciones, unos “mínimos acuerdos lingüísticos” (p.185), “valores y significados compartidos” (p. 175), en definitiva, unos patrones sociales. “Stock compartido” o patrones sociales escasamente analizados en cuanto a su procedencia y genealogía, produciéndose, indirectamente, una distorsión de las relaciones de poder existentes. Si bien es cierto, que nuestro autor dedica la última parte del libro a desarrollar las excepciones a las reglas generales expuestas con anterioridad, éstas no dejan de ser simplemente eso, excepciones, pues no llegan a conformar un mínimo de estructuración social del campo estudiado, una lógica jerarquización social o juego de relaciones de poder, en relación a otros campos o ámbitos sociales e interiormente a él.

Cabe recuperar aquí la crítica que Bourdieu le hace al interaccionismo simbólico y sus derivaciones, en dos puntos. Primero, es discutible que las prácticas de los agentes sean tal como se nos muestran, esto es, excesivamente intencionales, conscientes o utilitarias, por lo que correlativamente, las acciones y sus consecuencias serán “pactadas”, “negociadas”, “acordadas” o “impugnadas” desde unos sujetos que interpretan el mundo en términos de oportunidades, analizado-

res racionales de fines y medios. Para Bourdieu ésta no es la lógica de la práctica de los agentes, sino la lógica de la práctica del científico social proyectada sobre los agentes estudiados, el *habitus* de horno academicus universalizado al objeto de su estudio (sesgo intelectualista).

En segundo lugar, Bourdieu reprocha a estas teorías la incapacidad de dar fe y analizar los marcos de la vida cotidiana (somatizados en el agente, tipificaciones in-corporadas, en-carnadas, como refleja el concepto de *habitus* de teórico francés), pues al representarse éstos de una forma histórica, desde un presente en continua negociación, ofrecen la apariencia de una libertad o potencialidad cuasi-ilimitada, minusvalorando su origen -además de ocultarlo-, su multideterminación estructurante. En otras palabras, para Bourdieu estas categorizaciones sociales harían referencia a una violencia simbólica derivada de una estructuración social, en ningún modo estable, sino todo lo contrario, en continua pugna y conflicto, pero desde unos límites que serían los marcados por los enfrentamientos o luchas anteriores, por la estructuración anterior, por el devenir histórico.

Esta interrelación con los demás campos sociales, mezcla de ámbitos sociales en la misma situación cara a cara, además de la configuración teórica de una *lógica de juego de dominación* propia de la experiencia urbana, es quizá la mayor carencia de Sociedades Movedizas, pues se puede pensar que, lo mostrado al final del libro son meras excepciones. Así jugando con el título, un acérrimo defensor habermasiano del espacio público (que no del espacio urbano) igualitario e igualador las podrían denominar como *suciedades movedizas* minoritarias, cuando más bien, estas excepciones son indicios de una desigualdad social que tiende a mostrarse y reproducir’sé hasta en los aspectos más ínfimos, hasta en la *urbs*.

Miguel Alhambra Delgado

⁴ Subrayar la reivindicación y defensa de Goffman, a lo largo de toda su trayectoria académica, de las situaciones cara a cara como legítimos objetos de estudio, como muestran Jean Nizet y Natalie Rigaux en *La sociología de Erving Goffman*. 2006. Melusina. Barcelona. Idea que compartimos.